

VI

Hay en Madrid algunas calles estrechas, sombrías y húmedas, á las que jamás descende el sol, y en las que nunca se respira una atmósfera pura y saludable.

Estas pobres calles podían llamarse, con justicia, desheredadas de la luz: tanto es lo que la luz rehusa penetrar en ellas y alegrarlas.

Algunas de ellas tienen entrada y salida: la que vamos á visitar nosotros tiene lo primero; pero carece de lo segundo.

Sólo tres casas se veían en ella.

La tienda de un carbonero, negro depósito que aún ennegrecía más la calle con su desagradable aspecto; la casa de un usurero, y otra casa muy alta, habitada por muchos vecinos, y cuyo piso bajo estaba tan bajo que casi tocaba á la calle.

La casa del prestamista era tan negra y sombría como la del carbonero; la que tenía muchos vecinos era lo que llamamos una casa de vecindad.

El piso principal era bastante decente; el segundo lo era ya menos; el tercero y cuarto tenían

corredores, y las habitaciones estaban numeradas.

En cuanto al piso bajo, era el más pobre de la casa.

Desde la calle se podía ver que constaba de dos salitas; pero la humedad y la falta de luz las hacían mortalmente tristes.

La primera servía como de recibimiento y de cuarto de dormir; en la de más adentro se veían utensilios de cocina y otro lecho pequeño y colocado en un rincón.

Las dos salitas tenían á la calle dos estrechas ventanas, cuyas puertas de vidrios se hallaban cubiertas á medias por cortinas de muselina muy barata.

Alguna cosa anunciaba allí la presencia de una mujer, y de una mujer joven y bonita; porque la belleza tiene afecciones particulares que no ha conocido nunca la extrema fealdad.

Donde veáis una maceta cuidada con esmero, un lazo de cinta, allí hay una mujer bonita y en cuya alma viven aún muchas ilusiones.

La fealdad del cuerpo y del alma es casi siempre desolada, solitaria y triste, sobre todo la primera.

Indicaba, pues, en el piso bajo de aquella casa la presencia de una mujer bonita, un rosalito colocado en una maceta de barro y un lazo de cinta en cada una de las cortinillas de la primera ventana.

El rosalito era muy joven, y sus ramitas, balanceadas por el aire húmedo é insalubre que pasaba á través de las altas paredes del callejón sin salida, empezaban á desplegar tiernas y verdes hojitas.

¿Llegarían á dar flores?

Esta pregunta se la hubiera hecho, con un sentimiento de tristeza, cualquiera persona que sabiendo pensar y sentir, dos cosas que no todos saben, hubiera fijado, al pasar, su vista en el tierno rosal.

Empezaba Abril, y el sol se asomaba por los altos tejados á mirar la obscura callejuela, sin que, ni aun al retirarse á su lecho, le ocurriese pasar por ella.

Una mañana muy temprano la primera ventana se abrió, y apareció en ella la mujer que anunciaban la maceta y los lazos de cinta.

Era, según indicaban estos objetos, joven y bonita: apenas se leían en su frente, que no era ni morena ni blanca, diez y ocho primaveras; sus grandes ojos negros se armonizaban muy bien con su tez trigueña y con su cabellera rica y espesa, del mismo negro de azabache que sus ojos.

Su boca, pequeña y fresca, estaba guarnecida de una diminuta dentadura blanca, igual y de nacarado esmalte; su nariz, llena de gracia, era un poco levantada; su estatura, más bien alta que baja; delgada, y llena de natural coquetería y *dominante*.

Su traje era el de una obrera joven: un vestido de lanilla muy barata y ya un poco usado, un delantal negro de seda, y un cuellecito blanco, le componían; pero todo estaba llevado, arreglado y puesto con gran esmero y limpieza exquisita.

La joven fué, andando de puntillas, á buscar una silla baja; la colocó al lado del balcón, y se dirigió de nuevo al fondo de la salita, de donde volvió con un bordado en la mano.

Después se sentó y se puso á bordar.

Apenas acababa de dar dos ó tres puntadas, el carbonero de enfrente abrió su puerta y dispuso á la vista su negra mercancía para la venta.

Alzó la cabeza, vió á la joven y le dijo:

—¡Eh! ¡Buenos días, señorita Lucía!

—Buenos días,—respondió secamente la joven.

—¡Qué temprano está usted peinada!

Esta observación no obtuvo ninguna contestación.

—¿Se ha levantado ya su hermano de usted?

—No,—respondió brevemente la joven.

—Parece que hoy no tiene usted gana de conversación,—observó el carbonero con socarnería.

—No tengo ninguna.

—Y, sin embargo, si usted supiera el recadito que tengo para usted, me haría más caso.

—¡Un recado para mí!—exclamó Lucía, á cuyas mejillas subió un vivo carmín;—¿de quién?

—¿No lo supone usted?

—No... no por cierto.

—¿Desde cuándo se ha vuelto usted tan torpe? Vamos, el recado es de Federico, y me lo dejó anoche: allá va.

—Espere usted... asegúrese antes de que no mira algún vecino,—exclamó Lucía.

—¿Qué importa? ¡Más enterados que están ya todos!...

—Porque usted les habrá dicho algo.

—¿Yo? ¿Qué falta hace que yo lo diga? En esta calleja, por la que no pasan ni perros, ha de llamar la atención una persona como don Federico, que pasa todos los días dos ó tres veces y habla con usted. ¡Eh! Allá va la carta...

—¿Es una carta?—murmuró Lucía.

—Una carta de papel muy fino y que transcien- de de buen olor... ¡Parece un ramo de flores! Lucía dejó su labor, tomó la carta, y se internó en la sala con ella en la mano.

—¡Eh, Andrés! ¿Ya le has dado el recado?—preguntó en el fondo de la tienda una voz cascada.

—Ya le tiene,—respondió el carbonero.

—Pues mira, no tomes otro—dijo la misma voz;—que todo el oro del mundo no paga la tranquilidad de la conciencia.

—Pero, madre—observó el carbonero,—dos duros por dar una carta á la vecina, no eran de perder.

—Esos dos duros no te han de lucir.

—¡Qué aprensión!

—No es aprensión.

—¿Y por qué?

—Ya lo verás.

—¡Bah, bah! madre, ya están en el bolsillo, y usted se comerá hoy una chuleta buena y se beberá un vasito de vino.

—No tocaré á ese dinero maldito,—dijo la anciana con firmeza.

—Pero, señora, ¿cree usted que si yo no le hubiera dado esa carta á la señorita, hubiera faltado quien lo hiciera?

—Ya sé que no.

—¿Pues entonces?...

—Que cargue otro su conciencia y no graves tú la tuya.

—Esas son antiguallas, madre. Hoy el dinero es todo.

—¡Y yo digo que no! Lo primero es la conciencia, el dormir en paz... así es uno feliz con pan seco y con un jergón por cama. Has de ver cómo esa carta da que hacer: ese señorón, porque de sobra se conoce que lo es, no viene por aquí con buen fin.

—Eso es cuenta de don Antonio, el hermano de la muchacha.

—¡Don Antonio, don Antonio! Lo mismo que á mí, y aun peor, le pega á ese joven el *don*. Es más basto que un mozo de esquina, y de fijo no es tan honrado; pasa las noches jugando.

—¿De qué lo sabe usted?

—De que me lo ha dicho la criada del cuarto segundo de su casa, que se lo ha oído á su señorito, que juega también.

—¿Y de qué habían de vivir si no buscasen arbitrios? La aguja de ella no les dará ni para pagar el pan y el agua: tanto ganarían ellos trabajando como si yo vendiera el carbón bien pesado. Madre, por el camino legal no se hace nada en el día: hay que ingeniarse y buscárselas.

—¡No hables así!—exclamó la anciana.—Si robas á los parroquianos, no me lo digas: ya rezo por tí todos los días y doy limosna á los pobres.

—Y así me arruina usted. ¿De qué me sirve entonces dar los pesos faltos?

—De nada—respondió la anciana:—cuanto tú quitas á los parroquianos, lo doy yo á los pobres. ¡Así Dios lo torne en descargo de tus culpas!

Aquí llegaban de su conversación el carboneero y su madre, cuando la joven de la ventana volvió á sentarse de nuevo con su labor en la mano.

Su fisonomía estaba radiosa y parecía mil veces más bella que antes de leer la carta.

Brillaban sus mejillas, estaban sonrosadas, y una dulce sonrisa entreabría sus labios, dejando ver sus menudos dientes.

Empezó á trabajar, pero tan distraidamente, que se conocía que su pensamiento se hallaba muy lejos de la labor.

Bien pronto sus labios murmuraron una canción, y su aguja corrió con mayor rapidez.

Pero su asiduidad fué de corta duración.

Oyéronse en la callejuela unos pasos de hombre, y apareció en ella un caballero de gallarda figura y vestido de negro.

Parecía tener de veintiocho á treinta años, y todo su traje respiraba la más perfecta elegancia.

Lucía conoció aquellas pisadas, y antes de que llegase el transeunte, dió á entender que le esperaba.

Al verle, una grata sonrisa volvió á entreabrir sus labios; el paseante se sonrió también y se acercó á la ventana.

—¿Le han dado á usted una carta?—le preguntó á media voz.

—Sí, señor,—respondió Lucía con grande emoción.

—¿La ha leído usted?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha decidido?

—Todavía nada.

—Veo que no eran infundadas mis sospechas, —dijo con despecho el desconocido.

—No pueden serlo más, caballero.

—Pues pruébelo usted.

—¿De qué modo?

—Haciendo lo que le digo en la carta.

—No puede tomarse tan de ligero semejante

resolución—respondió Lucía:—he de pensarlo hasta mañana.

—Entonces volveré mañana á estas horas con el objeto de saber lo que usted ha decidido.

El desconocido dirigió á Lucía una última mirada y se alejó.

La joven le siguió con la vista, y cuando hubo desaparecido se puso de nuevo á trabajar, pero desanimada y triste.

—Si yo pudiera hablar á esa joven—dijo la madre del carbonero que la observaba desde el interior de la tienda,—le diría que cerrase los oídos á las palabras de ese tentador.

—Suponiendo que lo sea, madre—observó su hijo,—necesita la pobre mucha paciencia para consumirse ahí trabajando sin luz y sin sol, cuando el espejo le dice todos los días que es bonita y cuando ese señor se lo dice también.

—¿Y piensas tú que será más feliz con él que trabajando?

—No hay duda.

—Pues te equivocas. Hay dentro del alma que permanece fiel á sus deberes cristianos, una luz que todo lo ilumina: al ceder á las tentaciones, se apaga esa luz, y aunque en lo que se ve haya galas y flores, y fiestas y alegría, adentro todo es sombra y obscuridad.

—Madre, todas las personas de su edad de usted dicen lo mismo,—observó el carbonero.

—Es porque á mi edad, hijo mío, ya no hay

vendas en los ojos, y se ven esta vida y la otra tales como son.

Oyóse el sonido de una campanilla en la habitación en que se hallaba la joven, y ésta, dejando su labor sobre la silla que había ocupado, se dirigió precipitadamente al interior.

VII

Cuando Lucía entró en la sala donde había sonado la campanilla, que era la segunda y la que servía de cocina—según indicaba un fogón de yeso que había arrimado á la pared,—un hombre había aparecido en la estancia y se paseaba por ella de mal humor y á pasos desiguales.

Era un joven de elevada estatura y figura, aunque vulgar, gallarda y bien proporcionada.

Su tez morena estaba empañada por una palidez hija de los desórdenes; palidez que no puede equivocarse con la dulce y distinguida del estudio, ni con la interesante que extienden en las facciones los cuidados y las penas de la vida.

Sus ojos negros, de duro y receloso mirar, estaban rodeados de círculos morados, que acusaban asimismo graves desórdenes en su método de vida y gran falta de sueño tranquilo.

Tenía los cabellos negros y hermosos, naturalmente rizados, y en sus facciones había alguna semejanza con las de la joven, ó más bien lo que suele llamarse *aire de familia*.

—¡Yo pensé que estabas sorda!—dijo con enojo á su hermana, pues aquellos jóvenes no eran